LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 16 DE SETIEMBRE DE 1889 — NÚM. 403

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BAÑO, cuadro de Bartolomé Giuliano, grabado por Weber

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN EL BAÑO, cuadro de Bartolomé Giuliano

El autor de este cuadro ha sabido combinar de un modo admirable los encantos de la naturaleza con los del sentimiento: para expresar los primeros ha copiado un trozo de ese hermoso Mediterráneo que han cantado los poetas de todos los tiempos y de cuyas azuladas y tranquilas aguas han sacado primorosos matices los pintores de todas las edades; para representar los segundos ha acudido á este tema tan prodigado y nunca agotado del amor maternal.

La amorosa expresión de la madre haciendo saltar sobre sus rodillas al desnudo niño recién salido del agua y la grandiosidad del mar ligeramente rizado por suave brisa forman un conjunto agradable y lleno de naturalidad que realzado por una ejecución notable produce en el ánimo del espectador todo el efecto que para sus obras puede desear un artista amante de la belleza por lo que ella es en sí más que por el campo que ofrece á los artificios de la fantasía.

Monumento nacional erigido en Worth-Froschweiler á la memoria de los bávaros muertos en la guerra de 1870 á 1871.

En el cementerio militar de Worth, en el lugar memorable en donde el día 6 de agosto de 1870 ocurrió el terrible encuentro entre bávaros y franceses, levántase desde el 6 de agosto del presente año un monumento nacional dedicado á la memoria de los bávaros que sucumbieron en aquella jornada y cuyos cadáveres cubren casi por completo aquel lugar.

La Unión de veteranos y de militares de Baviera inició el proyecto y allegó los fondos necesarios y en el concurso abierto en 1885 obtuvo el primer premio el boceto del escultor Rumann y del arquitecto Federico Tiersch, artistas ambos de Munich.

El monumento se alza sobre una plataforma cuadrada de donde arranca un pedestal en cuyo frontis se lee: *Baiern seinen gefallenen Sohnen* (Baviera á sus hijos que sucumbieron) y en cuyas caras laterales aparecen cercadas por coronas de laurel las fechas de 1870 y 1871. Sobre el pedestal está echado en actitud vigilante el león bávaro: á ambos lados de la puerta de ingreso al recinto que contiene los restos de los que murieron en el campo de batalla hay unos relieves de bronce representando cada uno dos genios rodeando con palmas unas lápidas en las cuales hay grabados los nombres de las batallas en que los bávaros tomaron parte.

Corona este monumento un hermoso grupo alegórico representando un soldado que abrazado á la bandera nacional muere á los pies de la gloria que levanta con su diestra la corona de la inmortalidad.

El príncipe regente, Leopoldo de Baviera, protector decidido de las bellas artes, prestó su incondicional apoyo y dió una importante cantidad para la erección de este monumento que además de ser una obra artística notable conmemora uno de los más gloriosos hechos de la moderna historia bávara.

CARRERAS OLÍMPICAS, cuadro de José Sciuti, grabado por G. Sabattini

Este valiente artista siciliano que tan señalado triunfo obtuvo en la última Exposición italiana de Londres es uno de los pocos pintores italianos del género histórico y no tiene rival en su patria para las grandes composiciones sobre temas de la antigüedad helena y romana. Los Juegos Olímpicos, única expresión de la unidad nacional de Grecia, fraccionada en tantos Estados á menudo en lucha unos con otros, revestían cierto carácter religioso pero obedecían, al propio tiempo, á un fin puramente mundano, á saber, la conservación y el fomento de la fuerza corporal. En ellos se inspiró Sciuti para el hermoso lienzo que hoy reproducimos y que representa el ejercicio de las carreras á pie: á un lado del cuadro se ven los más ilustres ciudadanos y los sacerdotes sentados delante del templo común á todos los griegos dispuestos á dar la palma al vencedor; la calma que en esta parte de la composición se nota contrasta con la animación tumultuosa que reina en la arena y refleja la importancia que los helenos daban á este ejercicio en el cual no podían tomar parte más que ciudadanos libres y de sangre helénica pura que en sus juegos adquirían aquella robustez, aquella elasticidad elegante y artística á que tendía toda la gimnasia de Grecia.

EL COLLAR DE LA MISERIA, cuadro de Mr. J. Geoffroy (Salón de 1888)

Grabado por Baude

Venció el plazo fatal del alquiler de casa y el infeliz obrero falto de recursos fué arrojado del pobre zaquizamí en que sólo en parte se guarecía de las inclemencias del cielo y se vió obligado á buscar un nuevo albergue de donde será lanzado dentro de poco por la misma causa. Todo su menaje va en el pequeño carretón del cual tira penosamente, llevando pasada al cuello y á la espalda una correa que bien merece ser llamada «collar de la miseria.»

¡Cuán penosa existencia la de estos desdichados que como ciertos enfermos creen que con el cambio de lugares hallarán sino un remedio por lo menos una tregua á sus sufrimientos! ¡Cuán triste espectáculo el que nos ofrece Mr. Geoffroy reproduciendo uno de esos lastimeros grupos en que el infortunio se revela en toda su inmensidad y en que la lucha por la existencia se nos presenta en uno de sus más desgarradores aspectos!

Todo es lúgubre en esta composición: el anciano en cuyo rostro se pintan el abatimiento y la miseria, el niño condenado desde que nació á una vida de dolores y privaciones, el desvencijado vehículo en donde revueltamente confusos se amontonan los distintos objetos que compendian apenas las más indispensables necesidades de la existencia y hasta el sitio de la escena envuelto en las melancólicas tintas del implacable invierno, todo respira melancolía, todo excita la compasión del que de cristiano se precie, tanto más cuanto que esa pintura no es más que reproducción de una realidad, por desgracia harto frecuente.

Primer encuentro de Schiller y Goethe en 1779

copia fotográfica del cuadro al vivo dirigido por G. Graupp

Para conmemorar el vigésimo quinto aniversario del entronizamiento del rey Carlos de Wurtemberg, el poeta Otón Baisch compuso una loa una de cuyas escenas estaba dedicada á la memoria del duque Carlos y de la Escuela por éste fundada en el último tercio del pasado siglo. Al terminar esta escena con las palabras «La escuela del duque Carlos subsiste inmortal en medio de cuanto sus alumnos crearon» apareció en el fondo del teatro de Stuttgart, en donde aquélla se representaba, el cuadro al vivo admirablemente dirigido por Gustavo Graupp que nuestro grabado reproduce y en el cual estaban artísticamente agrupados los principales personajes que tomaron parte en la fiesta del noveno aniversario de la fundación de esa Escuela, fiesta que se celebró en 14 de diciembre de 1779 y en la cual se encontraron por vez primera frente á frente los dos grandes genios poéticos de Alemania del siglo XVIII, Goethe cuya fama era ya universal en aquella fecha y Schiller á la sazón alumno de la Escuela y entusiasta admirador del autor de *Werther* que un día había de tenderle cariñosamente la mano de amigo.

LUCHA POR LA EXISTENCIA, dibujo de A. Zick

De original en su concepción y de elegante y delicado en su factura puede calificarse el dibujo de A. Zick: la imaginación del artista nos presenta una composición fantástica, totalmente apartada del mundo real, por medio de dos geniecillos del mar que se disputan la sabrosa y codiciada presa y nos la presenta con tan primorosos detalles adornada y por modo tal expresiva que no parece sino que resucitando las escenas de las antiguas leyendas mitológicas ha sorprendido la lucha entre los dos pequeños genios marinos de los cuales el uno defiende enérgicamente su propiedad y el otro pugna con no menos energía por arrebatársela sin consideración alguna al derecho del *primi possidentis* que debió ser el único que regía la vida jurídica de aquellos soñados tiempos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

INCENDIO DE ROMA EN TIEMPO DE NERÓN

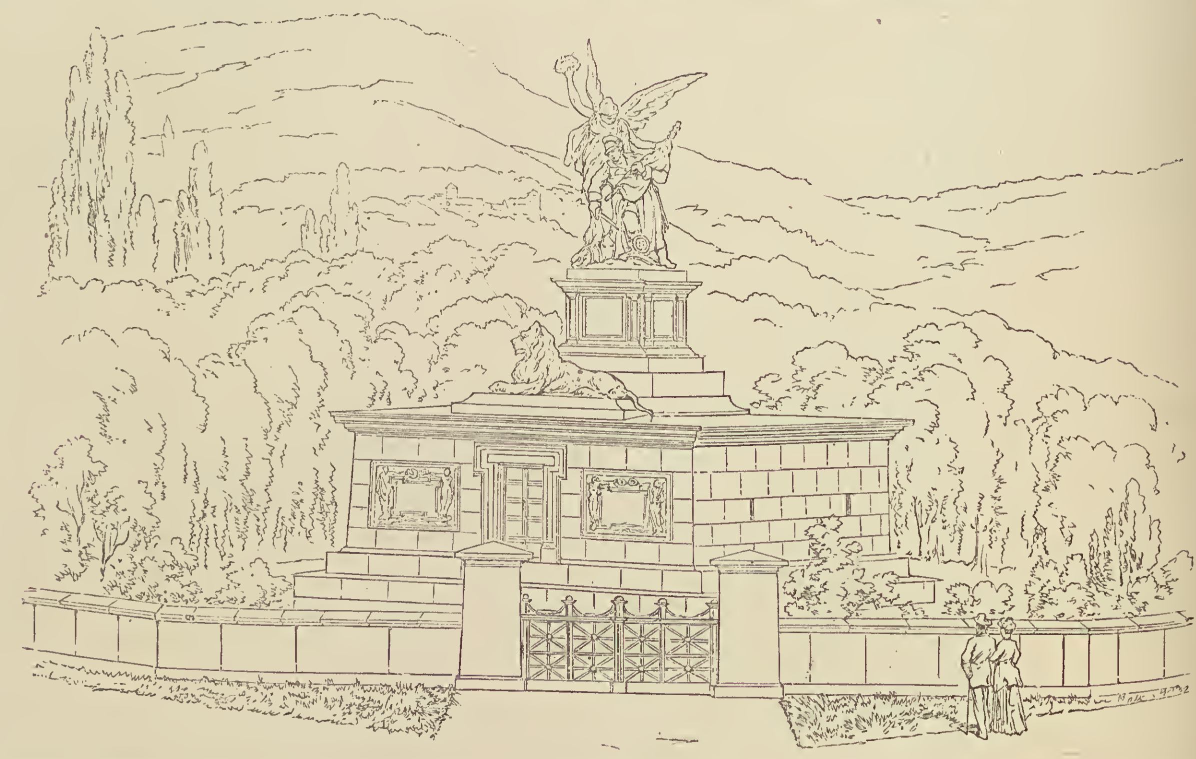
(diorama de Edmundo Berninger y Hermann Schneider)

La popularidad que han alcanzado los dioramas y panoramas ha puesto á los pintores enfrente del difícil problema de satisfacer las exigencias de la curiosidad de las masas populares sin perder de vista las reglas del arte. El diorama cuya copia reproducimos ha resuelto admirablemente esta dificultad; no era de esperar otra cosa de dos artistas como Berninger y Schneider encargados éste de las figuras y aquél del resto del cuadro, para cuya ejecución acudieron á los especiales conocimientos del profesor Buhlman, de Munich, de quien consiguieron la reproducción exacta de la Roma de aquellos pasados tiempos.

El hecho que el lienzo reproduce y que Tácito califica de incendio el más grande y más horroroso de cuantos hasta entonces habían ocurrido en la capital del Imperio, acaeció en el año 64 después de Jesucristo y se supone muy fundadamente producido por la maldad de aquel emperador tan cruel como artista que presenciaba impasible el terrible espectáculo entonando las grandiosas estrofas del «Incendio de Troya.»

El punto de vista en que los autores del diorama colocan al espectador es el palacio de Nerón, en el monte Palatino mirando hacia el Capitolio, que se distingue en el fondo: el espacio hundido que se extiende entre éste y aquél no se ve, pero los resplandores del incendio de esa parte de la ciudad iluminan con siniestros reflejos los edificios del Capitolio entre los cuales sobresale el templo de Júpiter Capitolino. Los hermosos mármoles blancos del palacio á los cuales no ha llegado el reflejo de las llamas aparecen iluminados por la luna y á trozos manchados por grandes sombras, formando de esta suerte magnífico contraste con el fondo del cuadro. En la plataforma del centro se destaca la figura del emperador que se acompaña con la lira los armoniosos versos del poema. En la ancha escalinata hacen centinela dos soldados de la guardia pretoriana, uno de los cuales acaba de hundir su lanza en el pecho de un joven romano que indignado por el proceder del emperador quiso precipitarse sobre él. A la izquierda, al pie del grupo de Lacoón, cuatro senadores revelan en sus actitudes la impresión que en ellos produce el abominable capricho del emperador: el primero encuentra indudablemente *soberbia* la idea de su omnipotente soberano, mientras que el que está más apartado ha arrojado lejos de sí la corona de rosas que ceñía su frente á la salida de un espléndido banquete y lleno de indignación se retuerce las manos al contemplar el alarde de cinismo del emperador.

Los detalles de este diorama están hechos de mano maestra; las figuras hablan, como vulgarmente se dice, los jaspes y los mármoles parecen arrancados de la realidad y el contraste de luces entre el primer término iluminado por la pálida luz de la luna y el fondo en donde se reflejan los rojos tintes del incendio es de lo más grande y original que en ese género se ha producido.



VISTA GENERAL DEL MONUMENTO NACIONAL ERIGIDO EN WORTH-FROSCHWEILER Á LA MEMORIA DE LOS BÁVAROS MUERTOS EN LA GUERRA DE 1870 Á 1871

EL ESQUELETO

HALLAZGO

Hay en el hombre, dice el célebre Edgardo Poe, una fuerza misteriosa, que la filosofía moderna no quiere tener en cuenta; y sin embargo, sin esa fuerza desconocida, sin ese instinto primordial, gran número de acciones humanas quedarían inexplicadas é inexplicables. Esas acciones no tienen encanto más que *porque* son malas y perjudiciales, y porque poseen la atracción del abismo; y la fuerza primitiva, irresistible que las causa, es la *perversidad natural*, que hace al hombre sin cesar, y á la vez, asesino y suicida, homicida y verdugo.

La imposibilidad de encontrar una causa razonable suficiente para ciertas acciones malas y perversas, podría conducirnos á considerarlas como resultado de las sugestiones *del demonio* (según el padre Ripalda, el padre Astete y otros cuantos *padres* por el estilo) si la experiencia y la historia no nos enseñaran que Dios suele sacar de esas *infamias* el establecimiento del orden y el castigo de los culpables.

La *perversidad innata* del hombre, es una verdad olvidada, ó mejor dicho, un *hecho* borrado por esos adulados res farsantes de la humanidad, que repiten en todos los tonos y con todas las variaciones posibles: «Yo he nacido bueno, y V. también, y tú y todos nosotros,» olvidando, ó fingiendo olvidar, que el hombre ha nacido con el sello del mal; y que sólo (y no siempre) por la educación, ó el ejemplo, ó las leyes, ó la fuerza, se convierte, de criminal, salvaje y cruel que nace, en sér *domado, civilizado* é *hipócrita*.

En confirmación de la desconsoladora pero verídica doctrina del Soñador Americano, se nos ocurre una serie de preguntas, dentro del criterio práctico de la vida. ¿Quién ha enseñado al niño de tres meses á pellizcar con terca insistencia el pecho de la nodriza que le alimenta? ¿Quién ha sabido dar á otro niño de medio año la alegría nerviosa con que tira del cabello á su hermanito ó de las barbas á su padre, hasta que ambos rechazan la garra de la fiera, convertida en *caricia* por las comadres optimistas?

¿En qué libro, en qué consejo ha aprendido el párvulo de cinco años á *desplumar vivo* y á ahogar entre sus deditos de cera al pobre pajarillo que ha sacado de la jaula, donde otros verdugos inteligentes le tenían preso, *para siempre*, por el delito de no saber hacer daño al que le cogió primero? ¿Quién ha enseñado á dos rapaces españoles de nueve años á fabricar con naipes una plaza de toros y á pasar la mañana cogiendo moscas, á las que, después de arrancar un ala, las hacen parodiar todas las suertes del toreo, concluyendo por clavarlas á la mesa con un alfiler que atraviesa su cuerpo para imitar la estocada de Lagartijo ó de Frascuelo, á quienes los niños no han visto aun en el redondel?

¿En qué catecismo, en qué tratado de *ética*, en qué lecciones maternas han aprendido los jovenzuelos malayos á hacer pelear á dos gallos hasta el infame asesinato de uno de ellos, y la casi segura muerte del vencedor?

¿Dónde adquiere el *hombre*, el Rey de la Creación (según se llama estúpidamente á sí propio) la indiferente crueldad con que, escondido en un hoyo y pertrechado de un arma mortífera, acecha á la pobre perdiz, inofensiva, incapaz de hacer daño ni al hombre, ni á ningún otro sér, y la apunta con fiera complacencia, y la mata; no para satisfacer su hambre, sino por el placer de matar; y hace lo mismo con otra y con otras diez y con otras ciento, arrojando á un rincón, ó regalando á diestro y siniestro, aquella hecatombe innecesaria?

¿No habéis visto siempre abusar de su edad y de su fuerza al niño mayor contra el niño más débil? ¿No habéis visto la alegría infantil de la turba que persigue al ciego, al jorobado, al loco ó al borracho, es decir, al incapaz de defenderse? ¿No habéis visto al hijo del jardinero robar un puñado de pólvora de la canana de su padre; hacer un reguero de aquel grano mortífero al rededor de un hormiguero y prender fuego á la mina, haciendo volar á treinta ó cuarenta mil hormigas de una sola vez, por el solo placer de asesinar una multitud indefensa? ¿Y qué me decís de los labriegos que apedrean á un tren cuando no puede detenerse en su carrera? ¿Y qué os parece de los *aficionados* á la música, que enseñan á cantar piezas de ópera á un canario, después de haberle dejado ciego, atravesando sus ojos con un hierro candente? ¿Y qué juzgáis del gastrónomo que se fabrica el apetitoso *foie-gras*, hipertrofiando el hígado de los patos que encierra vivos en una caja, donde los ceba sólo para ese objeto?

¡Oh filósofos *humanitarios, bíblicos y frenológicos!* Sabido es que en el planeta terrestre, sólo la muerte y el asesinato imperan por *necesidad ineludible*. Desde la infeliz golondrina, que para nutrirse necesita matar al día *diez millones* de mosquitos, que no la han hecho daño ninguno, hasta la hiena, que desentierra los cadáveres humanos para alimentarse, todos los seres de la creación viven de la muerte y del asesinato. Esa es la *ley necesaria*. Dilucidar si el *Creador* de todas las cosas podía haber escogido otro medio de vida, ó si éste es el más perfecto, ni es de nuestra incumbencia ni de nuestro siglo. Ya vendrá otro que lo dilucide. Hoy no se trata de la *ley necesaria* ni de los verdugos *inconscientes*. Hoy hablamos de la maldad á sabiendas, de la crueldad *de lujo*, de la *perversidad humana*, como *instinto*, como *idea innata*, como *albedrío responsable*.

Esa *perversidad* es la que ha fabricado en todas las épocas de la tierra las armas *de ataque* (las de defensa hubieran sido lógicas dada la *necesidad vital de la muerte);* la que ha inventado los instrumentos de tortura y de suplicio, llevando hasta la perfección la crueldad del dolor; la que da cincuenta ó sesenta puñaladas á la víctima que muere con la primera ó la segunda; la que envenena, la que despelleja, la que incendia; la que coloca á un caballo enfermo ó viejo, pero siempre inofensivo, ante un toro furioso; la que reglamenta la lucha de los *boxadores* ingleses, como reglamentaba en Roma la de los gladiadores; la que hiere por el placer de herir, la que mata por la alegría de matar.



GRUPO PRINCIPAL DEL MONUMENTO NACIONAL INAUGURADO EL DÍA 6 DE AGOSTO EN WORTH FROSCHWEILER dedicado á la memoria de los bávaros muertos en la guerra de 1870 á 1871

¡Nerón! ¡Tiberio! ¡Caracalla! no son monstruos excepcionales; son más visibles que el resto de los humanos y nada más. Pápas, reyes, generales, hombres de la plebe, en todas las épocas y en todos los países pueden proporcionar una estadística de *crueldad* y *perversidad* innecesarias que horrorizaría al mundo, si el mundo pudiera horrorizarse por pequeñeces. Desde la degollación de los Inocentes, hasta la sierra de Iyusquiza; desde la noche de San Bartolomé hasta el fusilamiento de Torrijos, de Mariana Pineda y de la madre de Cabrera, la religión y la política han sido grandes pretextos para el ejercicio de la *perversidad* humana; pero ni el fanatismo, ni la Inquisición, ni la tiranía han llegado donde la *iniciativa particular*, cuando se ha dado gusto á sí propia, en el secreto de la impunidad y en la irresponsabilidad del misterio.

Y como puede asegurarse que de cien crímenes que se cometen, cincuenta por lo menos quedan ignorados, y casi los otros cincuenta impunes, la teoría de Edgardo Poe no puede ser más consoladora para la humanidad.

Entre esas expansiones perversas individuales é ignoradas, que la casualidad descubre uno ó dos siglos después de cometidas, recordamos una de cuyo hallazgo hemos sido testigos hace pocos años.

En una de las galerías cortas, pero más apartadas de la calle central, de una magnífica bodega de Jerez de la Frontera, se notó un pequeño hundimiento de la bóveda. Los albañiles de la casa procedieron á derribar un tabique que servía de sostén á las pipas, y que estorbaba para reconocer el estado de uno de los arcos. A la mitad llegarían de su faena, cuando la alcotana de un peón se enganchó en algo que no la dejó salir del tabique. Cuanto más tiraba hacia sí, de la herramienta, más parecía ésta empotrarse entre los ladrillos. Llamó á sus compañeros; derribóse un gran trozo de pared, y á sus gritos y sus llamadas acudimos el dueño de la bodega y tres amigos que hablábamos con él en su despacho. El espectáculo que se ofreció á nuestra vista y á las atónitas miradas de los albañiles no podía ser más extraño.

El tabique era doble y hueco. Lo que todos habían creído hasta entonces tabique de *panderete*, ó sea de una sola hilada de ladrillos de canto, tenía otra doble hilada construída posterior y más toscamente que la primera, fuera del plomo del arco, sin duda con el objeto extraño que estaba á nuestra vista. En el hueco que formaban los dos tabiques, á cuatro pies de distancia uno de otro, aparecía de pie un esqueleto, que sólo conservaba sobre el cráneo el suficiente cabello para dar á conocer que pertenecía al sexo femenino, y en los dedos de los pies y las manos uñas de cerca de media cuarta de longitud. En las muñecas se veían dos aros de hierro sujetos á una cadena, y ésta, rodeando las dos tibias, concluía en una argolla ó anilla mayor que las otras, sujeta en el suelo con una escarpia cerrada á martillo. Al lado de la argolla grande, había un plato de madera carcomido y una vasija de barro cocido, parecida á los pucheros blancos que aun se fabrican en Andújar, panzudo y sin asas. Todo aquello indicaba un crimen, y no nuevo por cierto, pues son muchos los *emparedados* que en distintos países, y sobre todo en los subterráneos de los conventos, se han encontrado en diversas épocas. El ser mujer la víctima, y la cadena y argollas aumentaba nuestra natural curiosidad; cuando al sacar la alcotana del albañil de la escarpia en que había hecho presa, apareció un cofrecito pequeño de hierro. No hubo necesidad de romperle para ver su contenido, pues no tenía cerradura; y sólo vimos dentro de él un papel escrito por ambos lados, con esa escritura rasgueada y redonda de fines del siglo XVII ó principios del XVIII.

Ordenamos á los albañiles que suspendieran su tarea: dejamos intacto el esqueleto y nos dirigimos al despacho del cosechero jerezano con el cofrecito y el manuscrito. Este, perfectamente conservado, por su incomunicación con el aire exterior sin duda, pudo ser descifrado por nosotros completamente. Este era su contenido:

«No puedo sufrir más la dulce mirada de sus negros ojos. Ni la amo, ni jamás ha hecho nacer en mí su hermosura deseos de poseerla. Por sus consejos me sacó su marido, hermano mío, de la abyección y la miseria en que mis vicios me habían arrojado. Siempre ha sido para mí afectuosa, tolerante y buena. Sufre con paciencia mis duras palabras y no parece notar mi ingratitud ni mi desvío. Estoy harto de su virtud, del amor que profesa á mi hermano, de la admiración que causa á todos y del afecto que inspira. Adulándola y fingiendo quererla, conseguiría yo de su esposo cuanto quisiera. Pero la odio; me es repulsiva y yo necesito, para vivir á gusto, su muerte, y lo que es más dulce para mí, su deshonra. Es preciso que todo el mundo la desprecie, la maldiga y la olvide. No me basta por lo tanto, ni tal es mi deseo, conseguir su posesión de grado ó por fuerza. De grado no es posible, dada su virtud; por la fuerza recaería en mí el crimen y todos la compadecerían. ¿Por qué existe en mi corazón este odio, que me perjudica, que me arruina y que me impide ser feliz? Es preciso concluir y así lo he decidido. Mi plan es magnífico. Mi hermano tiene que estar ocho días fuera de Jerez. He dicho á mi cuñada que debemos bajar á la bodega para examinar el estado de las pipas de esta galería, donde nos esperan el capataz y dos mozos. Esta tarde bajaremos juntos; no habrá nadie; la cadena está preparada; el nicho dispuesto; no he dado aviso ninguno á los hombres, y estaremos solos. La sujetaré los brazos con pulseras de hierro; la pondré una mordaza en la boca, que la quitaré después, cuando la haya sujetado con la cadena al suelo, para tener el placer de oir sus gritos. La pondré comida y agua, para que pueda verlas, cuando sienta el tormento de la sed y del hambre, sin que su mano pueda alcanzarlas. Taparé el muro; veré su agonía, y cuando me canse acabaré de tapiarla, y de noche huiré sin que nadie me vea, para que al saber nuestra mutua desaparición, crea su marido y el mundo entero que ambos nos hemos escapado; que yo era un vil, pero ella una adúltera y una infame. Ya es la hora; voy á buscarla...

—Ya está hecho. ¡Cómo grita! ¡Cómo llora! ¡Cómo me pide por Dios que la desate! ¡Me jura no decir nada á mi hermano! ¡Me habla de la Virgen! ¡Me cuenta que dentro de seis meses va á ser madre!—Yo la oigo y sigo colocando ladrillo sobre ladrillo... La tapia sube... y sube... Hace 24 horas que la miro y la escucho.—He comido mirándola. Ya no llora. ¡Me pide agua! Se abrasa... Yo lleno la vasija y se la coloco á los pies. No puede cogerla ni hacer el menor movimiento... ¡Qué suplicio tan horrible.. y qué placer el mío!

Han transcurrido cuarenta y ocho horas. He dormido. Como la tapia ha subido vara y media, y todas las puertas están cerradas, nadie más que yo puede oirla.—¡Cómo grita! Se ha puesto ronca. El movimiento de sus manos sólo ha conseguido desgarrar su vestido, y tiene el pecho descubierto. Es preciosa, y su cutis parece de nieve.—¡Tiene sed! Yo también. Bebo, y la arrojo al rostro el agua que queda en mi vaso.—Quiere beber las gotas que resbalan por su frente. ¡Está hermosísima!... Podría perfectamente, si quisiera, hacerla ahora mía.—Pero ¿para qué?—¿Qué me importa á mí una mujer más ó menos? Yo no quiero más placer que el de su agonía.

—¡Otro día más!... ¡Ya delira!... ¡Ha conseguido acercar una mano á su boca y la muerde hasta que brota la sangre y se la bebe!... Continuemos la tapia... ¡Ya sube más! Sólo falta un ladrillo... Asomo la cabeza por el hueco, la escupo á la cara... y... ¡Chilla! ¡chilla! Jamás lo descubrirá nadie... Arrojaré este escrito con la cajita de hierro dentro del agujero... Pondré el último ladrillo y ya soy feliz!... *Requiescat in pace*.»

Al concluir la lectura del manuscrito, todos nos miramos absortos.

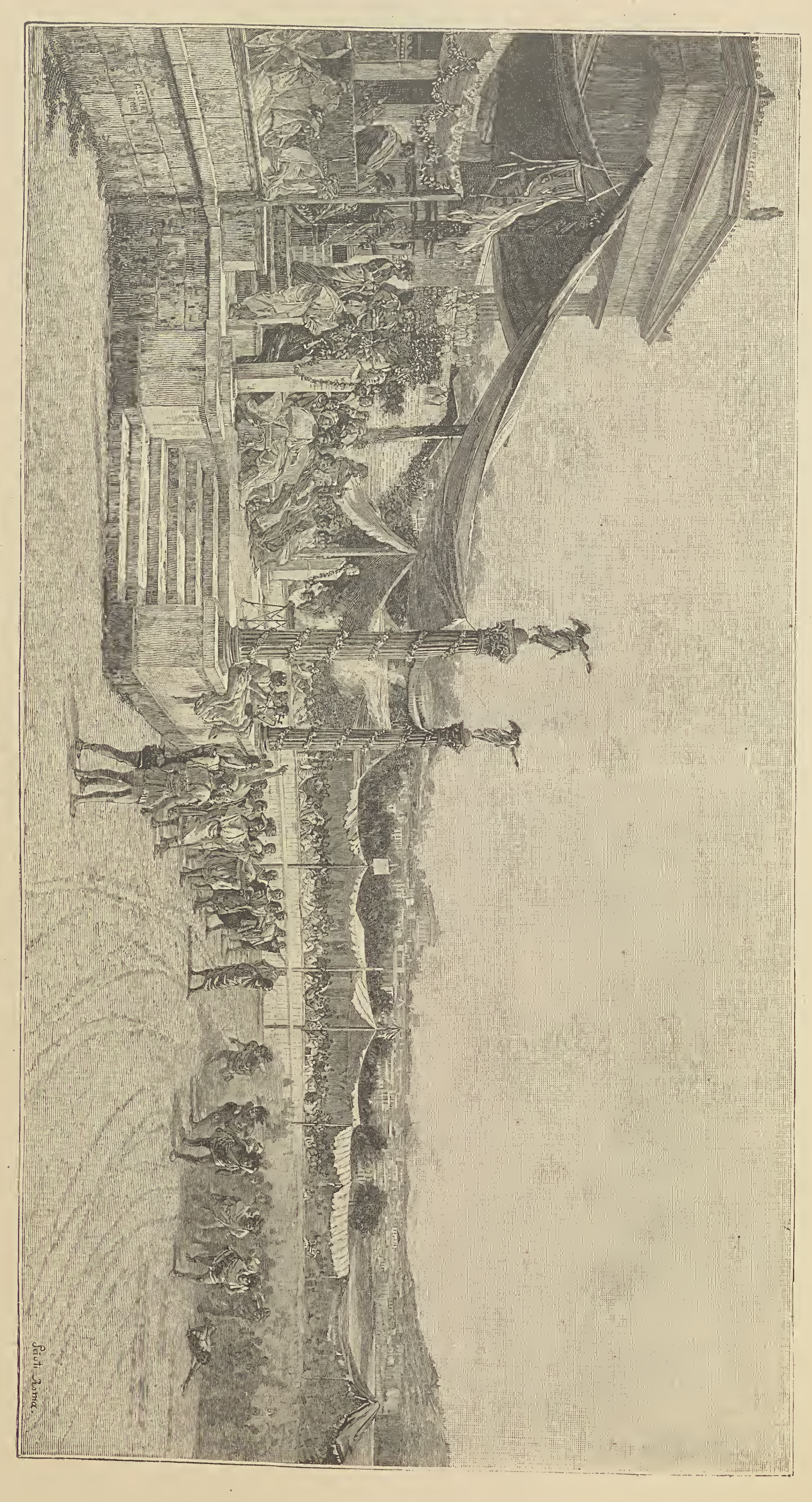
—¿Habrá algo más grande en el mundo que la *perversidad humana?* exclamé yo, aturdido.

—El mundo no existiría, me contestó un amigo, si no hubiera otra cosa más grande.

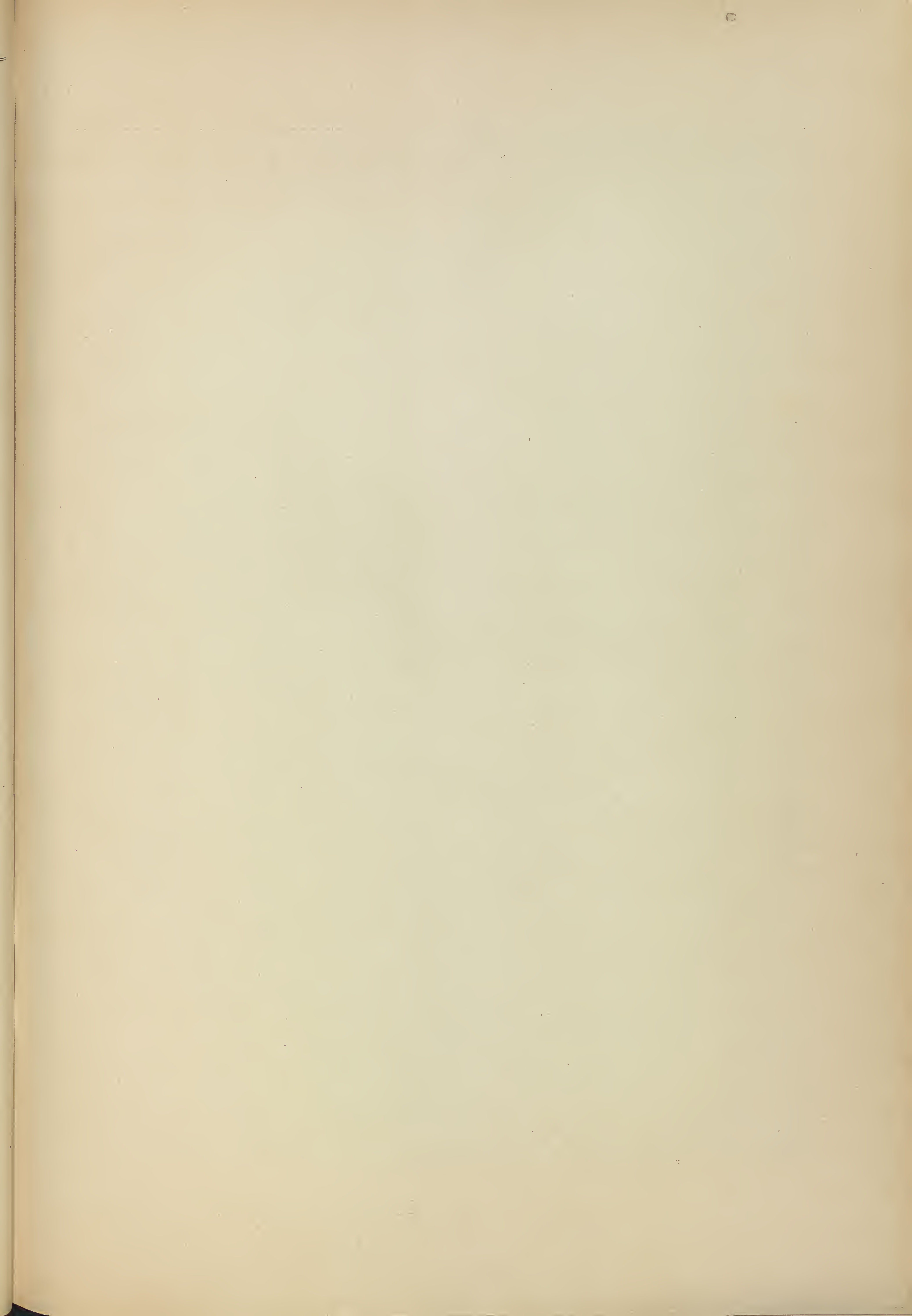
—¿Cuál es? preguntamos todos.

—*¡La misericordia divina!*

LUIS M. DE LARRA



CARRERAS OLÍMPICAS, cuadro de José Sciuti, grabado por G. Sabattini





EL INCENDIO DE ROMA EN TIEMP DE NERÓN, DIORAMA DE EDMUNDO BERNINGER Y HERMÁN SCHNEIDER

expuesto en el P de Cristal, de Leipzig



SALÓN DE PARIS DE 1888



EL COLLAR DE LA MISERIA, cuadro de M. Geoffroy, grabado por Baude

PALOS Y VERGAS

BOCETO MARÍTIMO

Si yo fuera hombre dado á onomatopeyas y otras figuras de dicción, más ó menos extravagantes, llamaría á este artículo *palique*, puesto que de *palos*, colocados vertical ú horizontalmente en el buque, voy á tratar en él; pero no se lo llamo por tres razones principales: la tercera es que en el primoroso semanario *El Madrid Cómico*, ilustrado por dos conceptos, usan de esa palabra ya hace tiempo como epígrafe de algunos artículos que... «nadie las mueva,» etc.; la segunda es que lo que yo juzgo palique, es decir, «conversación de poca importancia, y que pudiera ó debiera excusarse,» lo guardo para matar el tiempo entre cuatro amigos íntimos, no para contárselo al respetable público en letras de molde; si juzgo mal y paliqueo á veces, complicando á la imprenta en mis paliques, conste que lo hago equivocándome, sin intención de faltar á nadie; con la idea, por el contrario, de que todos aprendan sin gran trabajo algo que cuesta muchos el aprenderlo de *visu*; la primera razón ya la habrán adivinado mis habituales lectores: es porque no quiero.

Llamemos, pues, á cada cosa por su nombre, que nada cuesta cuando se le conoce, y no digamos nunca, como yo lo he oído decir, que un buque tiene muchos palos, – siendo así que el que más, y para eso en contado número, tiene cinco, – confundiendo con ellos á las vergas, que pueden ser muchas, en efecto, y que son todas las piezas de la arboladura colocadas trasversalmente y que sirven para colgar las velas, encima y delante á diferentes alturas de las piezas verticales, únicos *palos* que hay á bordo... en la acepción náutica de la palabra palo, que en otras acepciones pudieran darse más.

Lo mismo que en este detalle de la arboladura sucede con otro del aparejo: para muchísima gente el de los barcos no tiene más que cuerdas y llaman así á los cabos que lo constituyen ignorando que en los buques no se llama *cuerda* propiamente más que á la mecha y á unos tablones especiales. Y en estos errores que no tienen más importancia, ni menos, que decir codicilo por testamento, robo por hurto, basa por capitel, fiebre por calentura y otros por el estilo, no sólo incurre la totalidad casi de los españoles, sino que los cometen también, con agravantes circunstancias, muchos señores de esos que en cuanto habla cualquiera de economías empiezan á despotricar en los papeles públicos, y hasta en las mismas Cámaras, diciendo que «si la Marina por aquí» y «si los marinos por allá,» y lo suprimirían todo, menos el monopolio del trigo, sin saber de la misa la media y sin haber visto más barcos que el Barco de Avila, ni conocer otra Marina que la de Arrieta y Camprodón. Esos tales sí que merecían llevar más palos que tiene, en su opinión, cualquier barco, y salir en una cuerda, como galeotes, para Fernando Póo, Annobón ó Corisco, para una de *nuestras posesiones* (date tono) del golfo de Guinea.

Pero observo, con profunda pena, que esto va saliendo excesivamente didáctico ó didascálico, como dirían los *sesudos homes* que en vez de semanal dicen hebdomadario, y no me conviene; no, no me llama Dios por el camino del profesorado; el tono campanudo me aturde y encocora antes de lo que tardaría en atronar á cualquier discípulo y sabido es que sin mucho énfasis no se puede ser buen catedrático entre nosotros; pero se me debe perdonar lo pasado porque este artículo es una despedida y siempre las despedidas tienen algo de necrología, como las cátedras españolas tienen algo de necrópolis, ora por las antiguallas que se enseñan, ora por el método de enseñanza generalmente seguido, ora *pro nobis*.

Si los palos hablaran, como «oyen las paredes,» según dicen algunos, que deben de sentir crecer la hierba, llegarían á nuestros oídos desgarradoras lamentaciones; en efecto, los palos se van y, de esta vez, creo que para siempre, que ya no volverán, diferenciándose de las golondrinas también en eso. Aquellas gallardas arboladuras que, entre otras cosas, constituían un espeso bosque en los puertos concurridos, un vistoso tendedero para la blanca lona de las velas y una dificultad más para los pintores de marinas, van desapareciendo y como fundiéndose en las chimeneas que ya de dos en dos, como los guardias civiles, son los únicos objetos que, por lo general, se hierguen sobre las cubiertas inmensas de los grandes buques modernos: ya no se pide á Eolo, ó á sus representantes en la tierra, que una brisa bonancible y favorable hinche suavemente las velas del bajel y lo conduzca al ansiado puerto, – como en tiempos se pediría; – hoy el viento propulsor del buque se obtiene del carbón de piedra, al igual que el ácido fénico y la sacarina, y el viento es un estorbo, más bien que un auxiliar ó un servidor, como no sirva para forzar el tiro de la máquina avivando el hogar con sus corrientes; aquel palo mayor famoso, más famoso que la *cayesica Mayol* de Cartagena; aquel fuerte trinquete; aquel palo de mesana, con su verga *de gata ó seca*, son arrojados ignominiosamente de los buques de guerra, sobre cuyas cubiertas blindadas se levantan ahora los desairados *palos militares*, que así se llaman, y que no sirven más que para izar banderas de señales, en lugar de velas, y para soportar cofas, erizadas de ametralladoras, en vez de vergas, cubiertas de tersa lona.

Estas innovaciones serán, y sin duda lo son ya, muy científicas; pero no tienen nada de artísticas; quizás con ellas adquiera el buque un aspecto más imponente y temerón, aparte de las ventajas intrínsecas que consigo lleve el cambio; pero pierde toda, ó casi toda, la esbeltez y elegancia que le daban los enhiestos palos con sus cruzadas vergas proporcionalmente distribuídas en longitud y altura. Entre las fragatas antiguas y sus equivalentes en las escuadras actuales hay las mismas diferencias, miradas sólo desde el punto de vista de la forma, que entre el galgo y el perro de presa; en éste, aunque tenga la boca cerrada, se adivinan los dientes y se temen los mordiscos; como en la mujer hermosa, sólo con verla, se adivina el placer y se temen las veleidades; en aquél se revelan la agilidad y la soltura, como «al pájaro, hasta cuando anda, se le conoce que tiene alas;» puede haber, sin embargo, según los más acreditados veterinarios, *bulldogs* desdentados y galgos reumáticos, pero eso no quita fuerza alguna á mi aserto de que el galgo, es decir, la fragata antigua, con sus palos y vergas, tiene un aspecto mucho más artístico, elegante y, hasta si se quiere, distinguido, que el que presenta el perro de presa, el crucero ó aviso modernos, de mi pleito, con sus chimeneas amarillas y sus palos militares mochos.

Pero *¡quantum mutatus ab illo!* diré yo ahora, como decía Eneas en sus ratos de amargura, ¡cuántos cambios! ¡cuántas alteraciones en esto de los palos, como en tantos otros lances de la vida! Hoy se les tira al degüello (perdóneme Virgilio la crudeza), y ayer, como quien dice, hicieron los ingleses esos enormes acorazados de cinco palos, el *Minotaur*, el *Agincourt* y otros, que figuran todavía en su escuadra del Canal y que, preciso es confesarlo, ni han hecho nada de particular, ni tantos palos les sirven para maldita de Dios la cosa.

Posible es que esta exageración haya contribuído al retraimiento presente, porque no sé yo que la Marina se exima de esa ley que los sabios, más ó menos conspicuos, llaman acción y reacción, flujo y reflujo, y otras cosas por el estilo, y que es la ley eterna del estira y afloja, dicho en romance; me han asegurado dos ó tres personas que me merecen entero crédito, entero y verdadero, que la emoción que se experimenta con más intensidad en lo alto de la torre Eiffel, de ese palo mayor de la Exposición de París, es el deseo de bajar inmediatamente: y así debe de ser y lo mismo ocurre en el amor, que es lo más universal que yo conozco, aunque indigno: cuando se ama con exceso, según sean el amor y las naturalezas, sobrevienen el hastío ó la consunción, que ambos á dos son tíos Pacos con sus rebajas correspondientes. Eso pasó con los palos; estábamos bien con tres, mayor, trinquete y mesana; vienen unos y ponen un cuarto, se pica otro y añade el quinto, el quinto ese que si en algunas ocasiones es «no matar,» ha sido en ésta la causa determinante de la muerte militar, ya que no civil, de todos sus antecesores y compañeros.

Y hoy se ve un buque enorme, que desplaza muchos miles de toneladas, que lleva algunos cientos de éstas en acero hecho cañones, cuya coraza compite, ó competir pudiera, como dicen los arcaicos, con las murallas ciclópleas más ciclópeas; y ese buque, expresión la más genuina y convincente de la autonomía en el mar, no lleva palos ni vergas, utilizables para los usos corrientes de estos históricos aditamentos; siendo posible, por no decir seguro, que las flotas militares supriman en breve plazo y por completo todo rastro de palo ú otra cosa, hasta las chimeneas, que tienda á elevarse sobre cubierta produciendo con ello dos efectos seguros, por el pronto: primero, aumentar el tamaño del blanco que ofrece el buque á su enemigo, y segundo, aumentar también la resistencia que es preciso vencer en la marcha, oponiendo un obstáculo más al viento cuando sopla de proa. Los dos efectos son muy dignos de que se los tenga presentes, pues evitando el primero ganan en probabilidades los testigos presenciales de poder contar lo que ocurra en un combate naval, que acabará por suprimir los cronistas si los explosivos continúan progresando como lo hacen al presente, y es de presumir que sigan, por los brillantes resultados que están dando, ¡es un encanto ver cómo destruyen! sobre todo para los filántropos (!) que confían en acabar con las guerras por inanición, es decir, reventando al contrario en el primer encuentro; el otro efecto, la velocidad en la marcha, es muy interesante también, no sólo para desempeñar pronto las comisiones, sino para tropezar con más fuerza cuando la comisión sea «echar á pique al buque enemigo» por el procedimiento de la trompada, otro de los que encantan á los filántropos citados que están muy en boga; cualquiera diría, y quizás acertara, que ellos se proponen ver los toros desde un globo, cuando más cerca.

Los barcos mercantes, en cambio, no abandonan su prístino entusiasmo por el aparejo y los palos correspondientes, aunque algo lo han disminuído, porque así como en un buque de guerra la cuestión está en «navegar de prisa» y nada más, en otro mercante hay que añadir «y barato» siempre que se pueda, por lo cual los de esta clase procuran hacerse un amigo del viento, si es favorable, para que dándole velas los conduzca pronto y bien á donde desean ir, ahorrándoles carbón, que es, hoy, digan lo que quieran *los termómetros*, ó los teóricos puros, el verdadero oxígeno de la navegación. En Francia hay varios barcos mercantes, de hierro y de construcción moderna, que llevan muchísimo aparejo, y hace poco tiempo fué botado al agua en el Clyde, para una casa francesa, uno de acero, con 6.000 toneladas de desplazamiento y CINCO palos, sin más máquinas, ni más medio propulsor que la vela de nuestros mayores. Uno de éstos, persona sensata, si las hay, y aferrada como es de rigor, á todo lo tradicional é histórico, que suele ser fantástico también, se entusiasmó lo que no es decible con el submarino *Peral*, que nos iba á devolver ó haría polvo á Gibraltar, segun decía, y fué á verlo á La Carraca, en la propia grada; pero se desencantó extraordinariamente al notar que no llevaba ningún palo ni una triste vela para un remedio: ya los llevará, le dijeron para tranquilizarle, y, en efecto, creemos que á estas horas estará ya más tranquilo.

En fin, y para terminar, porque debemos estar molidos ya con tanto palo: hoy los buques de guerra, dando un alto ejemplo que á todos nos conviene imitar, hacen lo posible y toman todo género de medidas para no llevar palos; pero procuran, á toda costa también, hallarse en disposición de darlos formidables al primero que se meta con ellos. Lo que nos interesa hacer á todos los nacidos en esta rudísima *struggle for the life* en la que estamos obligados á ser actores y en la que somos víctimas si nos descuidamos siquiera el canto de una peseta: todo el secreto para vencer en esa tremenda *lucha por la existencia* se reduce á esto:

Ofrecer poco blanco y pegar duro.

FEDERICO MONTALDO

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA HIEDRA

POR DON F. MORENO GODINO

El célebre crimen de la calle de Fuencarral, que tanto ha preocupado á toda España, me ha hecho recordar otro proceso que hubo en Madrid hace muchos años, cuyos detalles sé por un amigo mío, ya setentón, que intervino en las actuaciones como amanuense.

He aquí el relato de esta causa, que á haber acaecido en esta época, y dados los medios de publicidad actuales, hubiera tenido gran resonancia.

I

La calle de la Hiedra (hoy del Doctor Fourquet) está situada en uno de los extremos de Madrid, y colindante con las afueras. En el año de 1831 era todavía más destartalada que ahora, y sus escasos edificios estaban separados en algunos sitios por terrenos despoblados.

En el que hoy ocupa la casa señalada con el núm. 4, había en la época á que me refiero un casarón que sólo tenía dos pisos y dos guardillas. Una tienda á un lado del portal, que no estaba en medio de la fachada, y un chiribitil, especie de portería, constituían el piso bajo. La tienda servía de almacén de carbón y leña á un carbonero que tenía su despacho en la calle de Lavapiés, y siempre estaba cerrada. Componíase el piso principal de dos habitaciones. La de la izquierda estaba ocupada por un pasante de la Escuela Normal y su mujer, y la de la derecha por una señora viuda de un teniente coronel y su criada.

Los porteros (fenomenales en aquella época) eran un matrimonio viejo. El marido, algo achacoso, se pasaba casi todo el día en el chiribitil del portal. La mujer vendía por la tarde en la Plaza del Lavapiés, torrados, majuelas y demás comistrajos.

Dormían ambos en uno de los dos desvanes ó guardillas que había en el último piso de la casa.

Doña Carmen Ripalda, inquilina del cuarto principal de la derecha, era una señora habanera de cuarenta y tantos años de edad. Su difunto marido, el teniente coronel Galindo, habíase unido á ella en la Habana, dejándola viuda dos años antes, á su regreso de América. Esta señora habría sido bastante agraciada en sus mocedades, y ofrecía la particularidad de ser tan diminuta de cuerpo que parecía una niña de trece años. La criada de doña Carmen tenía veintiséis de edad, se llamaba Marta, era extremeña y su aspecto bonachón y humilde predisponía en su favor: sus facciones no ofrecían saliente alguno, si se exceptúa el vello bastante pronunciado que las cubría en las mejillas y sobre el labio superior.

II

Una mañana, cuando á las siete ó siete y media (porque corrían los primeros días de diciembre y amanecía tarde) bajó el portero del camaranchón donde dormía, hallóse á Marta en el portal, que exclamó con voz sobresaltada:

– ¡Gracias á Dios que baja V.!

– ¿Pues qué ocurre? – preguntó el portero.

– Una cosa muy extraña, que mi señora no ha vuelto á casa desde ayer que salió.

– ¡Que no ha vuelto! – dijo el portero admirado.

– No señor. Figúrese V. qué noche habré pasado. No he querido incomodar á Vds. ni á nadie, pero no sé qué hacer.

– ¿No le dijo su señora dónde iba?

– A visitas y luego á casa de su prima doña María.

– Pues estará allí.

– Eso es lo que voy á saber ahora mismo. No he querido ir antes, por si entretanto venía mi señora. Tenga usted las llaves del cuarto por si viene, que yo vuelvo al momento.

Fuése la criada á la calle de Santa Isabel, en donde habitaba una prima de su señora, llamada doña María. Esta no había visto á doña Carmen el día anterior, y experimentó la sorpresa y sobresalto consiguientes al oir el relato de la criada.

Puesto que hemos de saberlo después, suprimo ahora detalles. Doña María dijo á Marta:

– Vuelve á tu casa. Así que avíe el desayuno, iré yo, y si no ha parecido mi prima, veremos lo que hemos de hacer.

Volvió la criada á la calle de la Hiedra. Su ama no se había presentado. Media hora después llegó doña María. Marta estaba en el portal con el portero y la portera, que ya había bajado de su camaranchón.

Después de diversos pareceres, se convino en que doña María fuese á dos ó tres casas, cuyas familias estaban relacionadas con su prima, por si ésta se hallaba allí ó sabían de ella, y si en este tiempo no se averiguaba nada, se daría parte al alcalde de barrio.

Ya antes habían preguntado á los vecinos del cuarto principal: el pasante habíase ido al colegio; con su mujer no había medio de entenderse porque era sorda como una tapia.

En cuanto al almacén del piso bajo, estaba cerrado.

Volvió doña María. Sus pesquisas habían sido infructuosas: nadie sabía de la desaparecida señora.

Poco después llegó el marido de aquélla, y se encargó de pasar por casa del alcalde de barrio, á tiempo que iba al Ayuntamiento, en donde estaba empleado. El alcalde dió parte al comisario de policía del barrio, y éste al juez del distrito, que á las doce se presentó en la casa de la calle de la Hiedra acompañado de un escribano, un amanuense y tres alguaciles, porque entonces no había agentes ni guardias municipales.

El juez ordenó que nadie saliera de la casa y se encerró con doña María y la criada Marta en la habitación de doña Carmen.

Antes de reconocerla, y después de enterarse del nombre y estado de la señora que la habitaba, procedió á un interrogatorio.

III

– Cuente V. – dijo á la criada, examinándola con atención, – todo cuanto en el día de ayer hicieron su señora y usted.

– Pues lo mismo que todos los días, señor. Me levanté después de las siete, porque amanece tarde. Me fuí á la compra, dejando á mi señora en la cama, y llevándome la llave y picaporte. Volví á las ocho, dí el chocolate á mi señora, que lo tomó en la cama, y siguió en ella según costumbre. Hice mis faenas y preparé la comida, hasta que me llamó mi señora para ayudarla á vestir y peinar.

– ¿Su señora de V. se levanta tarde? – preguntó el juez.

– Al rededor de las diez.

– ¿Sale por las mañanas?

– A misa los días festivos, y algunos otros que no lo son.

– ¿Salió ayer?

– No señor.

– Continúe V.

– Después de peinar á mi señora, barrí y limpié las piezas interiores y mi alcoba, y después que mi señora salió á la sala, hice lo mismo con su gabinete y dormitorio...

– ¿Qué hizo entretanto su señora?

– Puso el brasero, que yo había encendido, junto á los cristales del balcón. Hizo parte del dobladillo de un pañuelo de seda, y luego leyó en un libro.

– ¿En cuál?

– Yo no sé cómo se llama; pero ahí está sobre la cómoda del gabinete.

El juez mandó al amanuense que le trajera el libro, miró el título: era, *Los Trabajos de Pérsiles y Segismunda.*

– Prosiga V., – dijo á Marta.

– Así se pasó la mañana. A la una, poco más ó menos, mandó la señora que la sirviera la comida. Comió en esa camilla, y luego yo lo hice en la cocina. Cuando supuso que había yo acabado de fregar, me llamó y me dijo que iba á salir á hacer algunas visitas, antes de que se metiese el tiempo en agua. La ayudé á vestirse...

– ¿Se puso algunas alhajas? – interrumpió el juez.

– Las de siempre. Unos pendientes de coral, que tenía puestos, una sortija con una piedra verde, y un reloj chiquito que lleva siempre cuando sale.

– ¿No suele usar otras?

– Algunas veces se pone además otra sortija y cambia de pendientes.

– Bueno, prosiga V.

– Salió mi señora, diciéndome que antes de anochecer *recalaría* en casa de su prima doña María, que está aquí presente, y que volvería á la hora de costumbre.

– ¿Cuál es esa hora?

– Las nueve, nueve y media ó diez menos cuarto: antes de que los porteros se suban á dormir.

– ¿A qué hora salió su señora de V.?

– Me parece que un poco antes de las tres...

El juez hizo subir al portero y le preguntó:

– ¿Vió V. salir á la señora inquilina de este cuarto, á las tres de la tarde, poco más ó menos?

– No señor.

– Pues cómo! ¿no estaba V. en la portería?

– Sí señor.

– ¿Y cómo no la vió V.?

– Puede que se me *escapase.* Mi mujer se había ido á vender á la *prazuela.* Yo estaba solo, muy acurrucado porque hacía mucho frío, y calentándome á un barreño de lumbre.

– Retírese V. – dijo el juez, y luego repuso dirigiéndose á Marta: – Siga V.



LUCHA POR LA EXISTENCIA, dibujo de A. Zick

– Se fué mi señora...

– ¿Y V. no salió á algún recado?

– No señor, no me moví de casa.

– ¿Vino alguien?

– No señor.

– Siga V.

– Hasta que fueron las diez ó cosa así estuve tranquila, pero después empecé á extrañar que no viniese mi señora. Los porteros cierran la puerta al anochecer, pero están abajo hasta las diez y abren á quien llama. Cuando supuse que se habían subido á dormir, preparé las llaves y estuve con cuidado para abrir á la señora...

– ¿Su señora de V. se retardaba algunas veces?

– Una sola noche vino cerca de las doce, pues según parece hubo enfermo en casa de esta señora...

– ¿Es cierto eso? – preguntó el juez á doña María.

– Sí señor, – contestó ésta. – Una noche, ya algo tarde, se puso malo mi marido, y mi prima no quiso retirarse hasta venir el médico que avisamos, y dejarnos tranquilos.

– Cuando su prima va á casa de V. ¿vuelve sola á la suya?

– No señor, pues aunque el trayecto es corto, como esta calle es tan retirada y oscura, siempre la acompaña mi marido ó mi hijo que tiene diez y siete años y mi criada.

– ¿Y esta noche pasada, no ha estado su prima de usted en su casa?

– No señor, no la he visto desde hace dos días.

– ¿Cómo no extrañó V. su ausencia?

– Porque mi prima no va todos los días á casa, ni tiene días fijos para ir.

– ¿Dónde vive V.?

– Calle de Santa Isabel, 43.

– ¿Suele ir gente á su casa de V. por las noches?

– No señor. Sólo algunas suelen bajar los vecinos del cuarto segundo: una señora con dos hijas.

– ¿Estuvieron anoche?

– Sí señor.

– ¿A qué hora?

– Desde anochecer hasta las nueve ó nueve y media.

– Siga V. contando, – dijo el juez á la criada.

—Pues como iba diciendo, – repuso ésta, – esperé á la señora, con el balcón entreabierto y abrigándome con un mantón. La cena estaba á la lumbre, pero yo no probé bocado ni me desnudé.

– ¿Se durmió V.?

– Creo que no, pero aunque me hubiera *traspuesto,* habría oído á mi señora.

– ¿Qué más?

– Que así pasó la noche...

– ¿Cómo, inquieta como estaba, no avisó V. á los vecinos ó porteros?

– No quise incomodar á nadie, suponiendo que todos se hallarían recogidos. Esperé al día; cuando entró bien, bajé al portal, que aun estaba cerrado, y me quedé en él á esperar al portero.

– ¿Y así que bajó le dió V. noticia de lo ocurrido?

– Sí señor, y luego fuí á casa de esta señora á preguntar por mi ama.

– Retírese V. á su cuarto.

IV

Marta salió de la sala.

El juez entonces preguntó á doña María:

– ¿Sabe V. cuánto tiempo hace que esa chica sirve á su prima de V.?

– Unos dos años, desde que Carmen vino de América.

– ¿Ha oído V. á su prima si estaba ó no satisfecha de su criada?

– Muy satisfecha, señor. Marta es hacendosa, honrada y fiel. Si peca por algo es por santurrona.

– ¿Cómo santurrona?

– Quiero decir que es algo beata. Siempre está hablando de cosas santas, y su cuarto está lleno de estampas de imágenes.

– ¿Es rica su prima de V.?

– No señor. Vive de su viudedad.

– Pero ¿se sabe si tiene algún dinero ó alhajas?

– Algo debe tener que trajo de América, pero no será mucho. En cuanto á alhajas, yo le he visto tres ó cuatro sortijas, una pulsera, y dos ó tres pares de pendientes. Además usa cubiertos de plata para comer.

– ¿Y V. no sospecha ó calcula el motivo de la ausencia de su prima?

– No señor. Esta mañana he estado en dos ó tres casas que Carmen suele visitar, y en ninguna me han dado razón de ella.

El juez se quedó pensativo.

Un alguacil vino á decirle que un caballero deseaba entrar. Era el marido de doña María.

El juez le hizo varias preguntas, á las que contestó acorde con ésta.

Iba anocheciendo. El magistrado mandó escribir estos interrogatorios, que se leyeron á los declarantes, los cua-



GOETHE EL DUQUE CARLOS FRANCISCA DE HOHENHEIM SCHILLER

Fiesta en conmemoración del noveno aniversario de la fundación de la Escuela de Carlos en Stuttgart, en 14 de diciembre de 1779: primer encuentro de Schiller y Goethe (De un cuadro al vivo dirigido por Gustavo Gaupp y reproducido fotográficamente por C. F. Schmid, fotógrafo de la corte en Stuttgart)

les los firmaron, excepto los porteros que no sabían hacerlo.

No quiso actuar de noche, y suspendió las diligencias hasta el día siguiente.

Se le ocurrió una idea y preguntó á doña María:

– ¿Sufría su prima de V. alguna contrariedad?

– Ninguna que yo sepa.

– ¿Está enferma, es de carácter triste?

– No señor. Goza de buena salud y su genio es chancero; tanto que á su criada suele llamarla Marta la Piadosa.

El juez desechó la idea de un suicidio de doña Carmen. Mandó á su prima que se retirara, y que al día siguiente, á las diez, compareciera en la casa. Estaba perplejo respecto á lo que había de hacer con la criada, dudando de su culpabilidad en atención á sus declaraciones; así es que adoptó un temperamento medio, siempre esperando que se presentase quizá la desaparecida señora. Ordenó, pues, que los tres alguaciles quedasen en la casa, reteniendo las llaves, que se encerrara á Marta en su cuarto, encargando á los porteros que le trajeran los alimentos que deseara, y tomadas estas determinaciones, salió el juez de la casa de la calle de la Hiedra.

Volvió al otro día á las diez. Doña María ya le esperaba en compañía de los porteros.

Excusado es decir que doña Carmen no había parecido ni nada se sabía de ella.

Poco después de llegar el juez, fueron presentándose algunas personas relacionadas con aquélla, que sabían la novedad por haber ido doña María á tomar informes á sus domicilios, pero tuvieron que retirarse, porque el magistrado dió orden de que nadie entrase en la casa.

Subió al cuarto principal, con doña María. Marta estaba encerrada en su dormitorio. No se había desnudado, y no había tomado más alimento que la cena preparada para la noche de la desaparición de su señora.

Hízola el juez presentarse. Estaba muy pálida, y al parecer con los ojos hinchados de llorar.

Su primera palabra fué preguntar por su señora.

Se procedió á un registro de la habitación. Era ésta de pocas piezas, pero bastante extensas.

Lo primero que se registró fué el cuarto de la criada, que era grande. Había allí, además de la cama y una percha con ropa de mujer, un cofre de regulares dimensiones.

– ¿Es de V. este baul? – preguntó el juez á Marta.

– Sí señor.

– Abrale V.

La criada sacó una llave del bolsillo del delantal y abrió el cofre.

Desde que llegó, el juez no había cesado de observar á Marta. La halló con el aspecto que la situación requería: afligida sin afectación.

Registrado el baul que contenía ropas y objetos propios de mujer, se encontró una caja de madera y en ella cuatro duros en plata y un ochentín con el sello de Carlos III.

(Continuará)

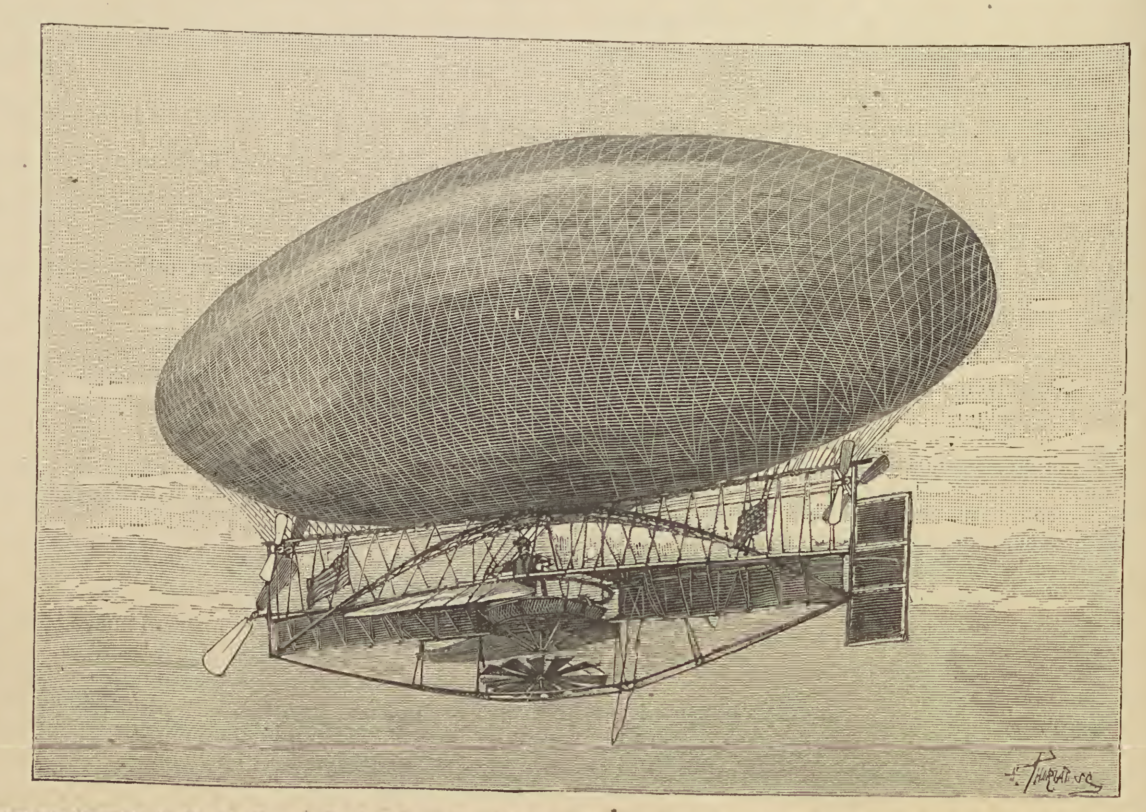
CRÓNICA CIENTÍFICA

AEROSTATO DIRIGIBLE DE M. C. CAMPBELL ELEVADO EN BROOKLIN (ESTADOS UNIDOS) Y PERDIDO EN ALTA MAR EN 10 DE JULIO DEL PRESENTE AÑO. – Desgraciado en extremo ha sido el éxito de una nueva tentativa hecha recientemente en Brooklin para resolver el problema de la navegación aérea.

Un ingeniero americano, Mr. Peter C. Campbell, construyó en el curso del presente año un aerostato dirigible por el mismo sistema de los que se han probado en Europa desde el globo de forma prolongada de Giffard (1852) hasta el *La France* que por vez primera volvió á su punto de partida en 1883. El aerostato de Mr. Campbell que representa nuestro grabado era de forma ovoide, llevaba en su parte inferior una barquilla prolongada é iba provisto de varios sistemas de hélices de los cuales sólo mencionaremos los dos más importantes, el de la proa que era vertical con dos paletas para la propulsión del globo y el del centro que era horizontal con muchas paletas para los movimientos de ascensión y descenso. Un timón rectangular funcionaba en la popa. El aerostato era de seda de China, sumamente ligero y de pequeño volumen, pues su longitud no excedía de 18 metros, se llenaba con gas del alumbrado y no podía elevar más que á un aeronauta: no llevaba motor mecánico sino que el aeronauta era el que debía hacer funcionar las hélices. Ahora bien; la potencia de un hombre no excede de 8 á 10 kilográmetros por segundo, de suerte que este motor humano era á todas luces insuficiente, cosa que debió preverse en tiempo oportuno.

Mr. Campbell confió el encargo de hacer el experimento de su sistema á un aeronauta ya conocido en los Estados Unidos, Mr. E. D. Hogan. El globo se elevó á las diez de la mañana en una fábrica de gas de Broocklin y al llegar á las regiones superiores el viento lo empujó hacia el Atlántico. Varios buques lo vieron por los aires en la dirección del Sud de *Long Island;* á las doce y media del día se le perdió de vista: dos capitanes de buque han dicho que en alta mar habían distinguido un globo á gran altura, pero después no se han tenido más noticias del aerostato dirigible ni de su infortunado piloto que seguramente habrá encontrado la muerte en las profundidades del Océano.

(De *La Nature*)



Aerostato dirigible de Mr. C. Campbell, elevado en Brooklin (Estados Unidos) y perdido en alta mar en 10 de julio del presente año.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN